

RETRATO POLÍTICO

DE

DON JOSÉ MANUEL BALMACEDA

FOR

ARISTIDES

José Rodríguez Bravo,



SANTIAGO

IMPRESA «VICTORIA,» SAN DIEGO, 73

1886

no está en e chusma y Reyes.

BIB 183716



DEDICATORIA

A LA MINORIA PARLAMENTARIA

A vosotros en cuyas manos está hoy el honor y los mas caros intereses de la Patria, cábeme el placer de dedicaros estas páginas, encaminadas á bosquejar la fisonomía del hombre á quien una turba de traficantes políticos trata de investir con la suprema magistratura del Estado.

ARÍSTIDES.

Santiago, Enero 17 de 1886.

RETRATO POLITICO

DE

DON JOSE MANUEL BALMACEDA

I

La Convención de Valparaíso acaba de llenar su cometido. Delegados, no de los pueblos, sino de los intendentes y gobernadores, hánse prestado sumisos á cumplir las órdenes que les impartiera el jefe supremo de la República. Después de inútiles votaciones, que revelan mejor que síntoma alguno lo grotesco de la comedia, han concluido por ungir heredero del trono al favorito de palacio, al ex-ministro solidario de la actual administración. Una sola palabra ha bastado para ello. El déspota de la Moneda dijo: *fiat lux*, y la luz ha sido hecha.

No tenemos para qué, ni es de oportunidad en la hora presente, averiguar en virtud de qué razones, á causa de qué debilidades ó complacencias, ha podido el primer mandatario consumir tamaño crimen contra la augusta soberanía del pueblo chileno. El marasmo político en que está

envuelto el país es un hecho que no se discute, porque en él todos estamos de acuerdo.

Cara á cara del astro naciente, vale más describir sus diversas faces, ya que el brillo de su luz no ha alcanzado á herir nuestras pupilas; vale más apoderarse de esa fisonomía, arrancarle los vistosos ropajes con que la lisonja acaba de cubrirla, compulsar su presente, sondear su pasado para saber lo que promete para el porvenir; vale más, repetimos, pasar en rápida revista sus flaquezas, sus miserias, sus apostasías, sus — dura es la palabra—verdaderos crímenes de lesa patria, á fin de que el pueblo en vez de sembrarle de flores el camino ofrezca á su exaltación una insalvable barrera.

II

El señor Balmaceda es un hombre elegante, buen mozo y de cierta lijereza de espíritu, que le permite estar siempre de buen humor.

Si su talle esbelto y flexible, si sus ojos azules y sin la menor expresión, si su tez pálida é inalterable, si sus cabellos rubios y largos, á guisa de melena de poeta ó de orador, nos traen á la memoria esos habitantes de la zona frígida del continente europeo; sus modales de cortesano, su voz argentina, su verbosidad inagotable, su acostumbrada lisonja, nos hace recordar á esos hombres del mediodía de la Francia, que tanto sirvieron al insigne dramaturgo Molière para la creación de sus inmortales personajes.

La tragedia, el drama y aún la comedia tienen mucho que esplotar en el señor Balmaceda. Su actitud en las grandes escenas del Parlamento ha

tomado muchas veces el tono trágico; su continente al atravesar los salones del cuerpo legislativo, ó al cruzar nuestras calles, evoca por lo continuo y armónico de sus movimientos el baile más popular de los chilenos.

III

La inconsecuencia es, según la expresión de un filósofo, la más común de las debilidades humanas.

Convencido de su impotencia para vencer los escollos que á cada instante se presentan en el mar de la vida, dominado á todas horas por el poderoso estímulo de la ambición, que lo obliga á una movilidad perpetua, desconfiado de los hombres y de las cosas á causa de sus constantes mutaciones, paralojizado á menudo por risueñas perspectivas, que tan pronto le hacen entrever el triunfo como el naufragio de sus esperanzas; el hombre que no reconoce la virtud como base y el bien como objetivo de sus propósitos, está destinado á marchar de precipicio en precipicio, á desmentir con sus actos lo que ayer fuera la enseña de su vida.

Si buscáramos en nuestra sociabilidad política una encarnación de este error humano, sería difícil, talvez imposible, encontrarla más acabada, más completa que la que ofrece el prohombre del día, don José Manuel Balmaceda.

Cegado por una ambición, cuyos límites van más allá de lo creible, este personaje ofrécenos el raro fenómeno de un político, que tiene todos los colores del arco íris.

Su vida, aunque ya un poco larga, no está sem-

brada de muy diversas peripecias. Naturaleza flemática, espíritu tranquilo en la forma más que en el fondo, se ha entregado siempre á los deleites, á los encantos de su palabra; porque considera que la oratoria es su fuerte, su palanca de Arquímedes con la cual puede mover el mundo.

Desenvolvamos ahora las tres grandes etapas de esta existencia, división formada por ella misma con sus apostasías políticas y religiosas.

IV

El señor Balmaceda es oriundo de Santiago.

Un poco menos de medio siglo atrás llegaba á la vida en el seno de un hogar, que no estaba envuelto en la atmósfera de la dicha. Corrientes casi contrarias agitaron su cuna, y ellas contribuyeron no poco para darle el rumbo que debía imprimir á sus primeros pasos en la jornada de la vida.

Las defecciones, los sinsabores, los rudos golpes del destino, las pérdidas irreparables, hácennos volver los ojos hacia el Dios de las bondades y de la misericordia, fijar nuestro espíritu en el más allá, convencidos de que la felicidad que se nos ha escapado ó que no nos es posible hallar podremos alcanzarla en la contemplación de lo eterno.

Tal fué lo que aconteció al señor Balmaceda; y la primera etapa de su existencia constituye un verdadero idilio místico, cuyo bosquejo será por demás ejemplarizador.

De los bancos de la escuela, pasó el señor Balmaceda á los claustros del Seminario de Santiago, haciéndose notar muy luego entre sus compañeros por su contracción al estudio y por su asidua asistencia á los ejercicios de piedad.

Fácil es explicarse el entusiasmo que tales condiciones despertaran entre sus primeros maestros. Su acento lleno de unción, su verbosidad precoz y su ascetismo siempre en progreso, hacían creer que la cátedra sagrada tendría en el joven levita a uno de sus más elocuentes intérpretes.

Concluidos sus primeros estudios, el educando, que ya se sentía arrastrado á un teatro menos monótono que el que le ofreciera el Seminario, abandonó sus primeros directores para entregar el complemento de su educación religiosa á un deudo querido, que era á la vez un santo y un sabio.

Ha sido ésta precisamente la época de mayor incertidumbre, de mayor lucha para el espíritu del señor Balmaceda. De un lado estaba la palabra austera del maestro, que, induciéndolo á aspirar diariamente el aroma de la virtud, le pintaba con brillante colorido el cuadro de la eterna felicidad. Del otro, el mundo comenzaba ya á tentarle con sus pasiones de poder, de amor, de gloria, de grandes conquistas.

Menester es sí confesar que durante un lapso de tiempo no corto, pudo el señor Balmaceda humillar con su planta de levita la cerviz de Satanás.

No son pocos los que en estos días podrían atestiguar su recogimiento en las distribuciones religiosas, su puntualidad para asistir á las conferencias de San Luis Gonzaga, y especialmente la compostura y recato, tanto de sus palabras como de sus miradas. Los claustros de la Recoleta Dominicana podrían todavía atestiguar el voluntario retiro que en ellos se impuso durante un mes para pedir al Altísimo, después de haber oído los prudentes consejos del sabio Aracena, que le iluminara sobre el estado que debiera elegir.

En fin, estas convulsiones ó vaivenes de una

alma, de la cual una de sus faces miraba al cielo y la otra á la tierra, tuvieron su término. El señor Balmaceda resolvióse á dar de mano al modelo que en San Luis Gonzaga se había propuesto imitar y entraba de lleno en las lides del corazón y en otras, que debían preocuparlo mucho más aún: las de la política militante.

La negra sotana del levita fué casi bruscamente cambiada por el frac de los salones. De hoy en adelante la voz plateada y sonora del adolescente no volverá ya á entonar himnos al Altísimo. Sus acentos irán tras el corazón de una bella ó para ceñirse los laureles con que los pueblos suelen honrar á sus servidores.

¿Fué acaso la sinceridad la que lo indujo á cambiar de ruta? Luego veremos que esa virtud jamás ha encontrado asilo en el corazón del señor Balmaceda.

V

Veamos ahora al sacerdote de la libertad. Su labor no ha sido ni menos gloriosa, ni menos proba, ni menos fecunda que la anterior; y con razón puede decirse, que ella envuelve otro idilio tan platónico, tan reluciente como el primero. El señor Balmaceda ha sido siempre hombre de aparato, que se deslumbra, pretendiendo deslumbrar á los demás, con los grandes golpes de escena.

Corría el segundo quinquenio del gobierno del ilustre patricio señor Pérez, cuando el señor Balmaceda presentóse por vez primera en nuestros clubs, banquetes políticos, asambleas populares, cuerpo legislativo, etc., etc.

Aunque venía de un hogar en que la política

montt-varista recibiera casi un culto, tuvo el esquisito cuidado de no hacerse solidario de aquellas odiosas y negras tradiciones, á fin de elegir la senda que mejor consultara su sed de gloria y mando.

El Club de la Reforma era en ese entonces, según el dicho de sus conductores, el custodio, el monte Aventino de las libertades públicas. Al impulso altamente noble y progresista que supieron imprimir á la marcha de la administración los ministerios Tocornal, Covarrubias, Vargas Fontecilla, etc., etc., los descontentos, y poco después los rezagados tercios montt-varistas, que intentaban lavar en la piscina de la libertad sus crímenes de otra época, habían contestado con el establecimiento de aquel Club, en donde debían encomiarse y preconizarse todas las grandes conquistas del derecho moderno.

Hermoso era el cuadro que esa asamblea ofrecía. Oradores distinguidos, publicistas eminentes, como los hermanos Arteaga Alemparte, los José Victorino Lastarria, los Vicente Reyes, los Cruchaga, etc. abordaban frecuentemente la tribuna y en discursos llenos de moderación en la forma y de ciencia en los conceptos, dilucidaban por primera vez en Chile esas verdades que hoy son del dominio de todos: libertad de las tumbas, separación de la Iglesia y el Estado, registro civil, incompatibilidades parlamentarias, independencia de las comunas y sobre todo, libertad del sufragio.

El señor Balmaceda no dominó por mucho tiempo la vehemente impaciencia que sentía por abordar la tribuna. Pocos días habían trascurrido desde aquél en que fuera aceptado como socio del Club de la Reforma, cuando, con esa *modestia* que ha caracterizado toda su vida pública y que hoy aun no le abandona en sus ambiciones presiden-

ciales, intentó orlar su frente con los laureles de Ciceron y Demóstenes.

Un obstáculo, y grande, parecía estorbar el paso al político naciente; pero el señor Balmaceda no es hombre á quien arredra ni los escrúpulos ni las dificultades cuando divisa de cerca el logro de sus ambiciones.

El ascetismo de su primera juventud, el recuerdo de su traje talar, sus plegarias en voz alta, ya en los templos ya en las calles, los acentos de su panegírico en homenaje al sacerdote que fuera su director, estaban todavía frescos y vivos en la memoria de todos los que le conocían.

Como Cortéz, que quemó las naves para obligar á sus soldados á optar entre la victoria ó la muerte, el señor Balmaceda comenzó su primer discurso lanzando tremendos anatemas contra los misterios y el Dios en cuyos altares acababa de quemar tanto incienso. Cada frase envolvía una protesta de liberalismo anti-religioso. El *renegado* comprendía la necesidad de hacerse perdonar ú olvidar el misticismo de la víspera.

Durante dos años, 1868 á 1870, mantúvose el señor Balmaceda en esa cruzada, dando de día en día muestras del profundo afecto que abrigaba por las libertades públicas y porque, modificándose por completo la carta fundamental y leyes supletorias, se abriera para el país una nueva era de prosperidad y de grandeza.

VI

Todos estos homenajes á la libertad y al derecho, todas estas arengas para conquistar la autonomía del ciudadano, despojando á la autoridad

Salceda
Carmel
del amor
guerra y
de Labran
Comenta
a quien
habían de
vino con
andinos
en melon
recogidos
vestidos en
ninguno
no lo hizo
juz de
• Vulpio - el betandista

de las inmensas prerrogativas que la ley fundamental le acuerda, tuvieron mui luego un teatro más vasto en que hacerse oír.

Por las elecciones de Marzo de 1870, el señor Balmaceda llegaba al Congreso Nacional como representante del departamento de Carelmapu. Sus electores, que no le conocían, le otorgaron sus sufragios obedeciendo al ascendiente que sobre ellos ejerciera su párroco y al poderoso incentivo que siempre hace despertar un puñado de escudos arrojados con oportunidad. El sacerdote fué víctima de un subterfujio: su alejamiento de la capita! no le permitió estar al corriente de la metamorfosis operada en el espíritu del candidato.

La época en que el señor Balmaceda entró al Congreso era por demás propicia para lucir las galas de la elocuencia.

La elección del primer magistrado de la República, que estaba próxima á verificarse, había dividido á la opinión en dos bandos más ó menos numerosos. Cada cual, aprovechando la política honrada y altamente discreta del ministerio Amunátegui, había conseguido llevar á la representación nacional en proporción de sus fuerzas y prestigio los hombres más eminentes de que disponía. Uno de esos partidos, la fusión liberal conservadora, en mayoría en la opinión, lo estaba también en el Congreso. El otro, compuesto de elementos híbridos por su naturaleza y por los campos opuestos de donde venía, y ligados sólo con el bastardo propósito de una resurrección mont-varista, tenía también en los bancos del Congreso sus mejores capitanes y soldados.

De este número fué el señor Balmaceda.

No es difícil calcular cuál sería el objetivo de los primeros discursos del diputado de Carelma-

pu, si se considera de qué modo los comediantes inician su carrera.

Aunque las elecciones presidenciales fueron bastante correctas y decentes en la forma, con mucho no alcanzaron á ser una libre y espontánea manifestación de la voluntad del pueblo.

El señor Balmaceda, que pocos años más tarde debia ser el más cínico y el más audaz de los interventores, pidió á su elocuencia acentos de fuego para marcar la frente de los que habían atropellado la libertad del sufragio, pretendiendo por este camino conquistarse las simpatías del pueblo, que tanto han halagado siempre su vanidad y su orgullo.

Fuera de estas cruzadas en pro del más precioso de los derechos del ciudadano, la primera jornada parlamentaria del diputado de Carelmapu está señalada por la más triste esterilidad. De cuando en cuando una que otra interpelación sobre negocios que todos podían dilucidar.

Y todo esto éra lógico: el señor Balmaceda llegó al Congreso sin preparación alguna. Un poco de latín, un centenar de vidas de santos, muchas oraciones piadosas y una palabra hueca, aunque fácil y seductora en apariencias, constituían todo el bagaje del pretendido hombre de parlamento. Eso sí que á cada momento encontraba un secreto y fuerte apoyo en el sentimiento de los grandes roles que un día debía desempeñar. Aunque sin talento, sabía por instinto, que está reservado á los petulantes y á los audaces trepar á las grandes escenas de la política.

Antes de continuar con la labor parlamentaria del señor Balmaceda, detengámonos unos instantes en el orador, ya que los traficantes políticos, que hoy enarbolan su nombre como enseña de victoria, juzgan que esta es la más rica y podero-

sa de sus cualidades. Para ello no necesitaremos ni de la pluma de Gauthier, ni del pincel de Fortuni.

VII

Sin remontarnos á los tiempos antiguos y solo fijando por un momento nuestra atención en el primer géneo de la oratoria moderna, Mirabeau, fácil nos será definir lo que debe ser un orador.

Este hombre, que, al decir de uno de sus deudos, tenía talento como trescientos mil diablos, dirigió desde la tribuna e hizo triunfar la más grande de las revoluciones de que hay memoria en la historia, y en el pueblo más grande de los que cubren el haz de la tierra. Su palabra de fuego electrizaba todos los espíritus, enloquecía todos los corazones, dominaba todas las voluntades; porque do quiera que llevara su argumentación, su lógica de acero, hacía brotar la luz, la verdad. Y el secreto de su acento sublime, el misterio de sus concepciones grandiosas, el resorte de sus grandes triunfos, no estaba tanto en la sublimidad de su acento, en la majestad de su continente, en su voz argentina y armónica, cuanto en su vastísima ilustración como en su talento para abarcarlo todo á la vez, detalles y conjunto, la ciencia del derecho y la ciencia de la administración, la poesía, las artes, la historia, la literatura, la metafísica, la sicología, la naturaleza entera con sus fenómenos físicos, intelectuales y morales.

Apliquemos ahora esta síntesis de lo que debe ser el orador al pobre señor Balmaceda.

Lleva ya dieziocho años de vida pública y sus discursos pueden contarse por centenas.

Aunque esta fecundidad parece un estorbo para el crítico, felizmente no lo es. El último de los discursos del señor Balmaceda está fundido en el mismo molde que el primero; en el uno y en el otro los mismos vocablos, las mismas frases, iguales símiles, idéntica peroración. Así como la plancha fotográfica reproduce hasta lo infinito el busto de una persona, así el señor Balmaceda, talvez sin saberlo ni quererlo, consigue que todos sus discursos sean de un parecido irreprochable.

Tomemos, pues, al acaso cualquiera de estas planchas fotográficas y apliquémosle, con la rectitud del propósito que nos guía, las severas reglas de la crítica.

Tenemos á nuestra vista el discurso que pronunciara el 12 de octubre de 1874 sobre el simpático problema: *Iglesia libre en el Estado libre*. Casi inútil será que nos detengamos en el fondo de dicha pieza. La ignorancia del autor es ahí mas remarcable que en parte alguna.

En un problema de tan trascendental importancia como ese, ante el cual han vacilado los estadistas mas eminentes, Gladstone, Bismark, Disraeli etc., el señor Balmaceda marcha con el paso ligero y el corazón contento y, creyendo asombrar á su auditorio y al país entero con un maravilloso descubrimiento, le presenta como única solución posible del conflicto la máxima del Conde de Cabour.

Un espíritu reflexivo, un talento sólido, una ilustración verdadera habrían orillado la dificultad ántes que abordarla cara á cara. Ello habría manifestado que se conocía la gravedad del problema, que se tenía una noción entera del derecho público y sobre todo, que los hábitos, las costumbres y el modo de ser de la República, habían sido consultados y estudiados.

Si eso hubiese sucedido, es decir, si la naturaleza le hubiera dado siquiera una dosis homeopática de cordura é inteligencia, se habría ahorrado de empeñar su palabra en pró de una reforma compleja y difícil y hoy no tendríamos que echarle en cara otra apostasía, tan triste y vergonzosa, como las que ya hemos comentado.

Vengamos ahora a la forma. En ellas campean frases como éstas, *las fuerzas vivas é inteligentes del país,—haríamos obra de liberales y liberales honrados,—la gradiente de nuestros rios, — las soluciones en el terreno de la libertad,— el buen derecho del pueblo,—la obra del gobernante y de los gobernados,—la libertad debe ser como el aire, que á todos alcanza etc. etc.*, y mil otras perogrulladas de éste jaez, que nada dicen, que nada significan, á no ser la vaciedad del espíritu de su autor.

El señor Balmaceda difícilmente acierta á disponer las diversas partes de su discurso. Su exordio no es mas que uno: “antes de entrar al fondo del debate séame permitido descartar algunos incidentes ó elementos que no hacen al punto en discusión.” Hé ahí su exordio sacramental. La esposición de la materia no es mas feliz.

Para un orador, y en especial para el parlamentario, el conocimiento de la ley positiva es un arreo indispensable. Pues bien el señor Balmaceda á semejanza de aquél rey de Inglaterra, el primero de la casa hoy reinante, no conoce un solo artículo de nuestro código.

Este vacío lo obliga en el desarrollo de su tesis á mantenerse en cierta oscuridad, que cuadra mal á un orador. En fin, la peroración es menos desgraciada. Arrastrado por cierto calor que parece sentir cuando habla, alentado por esa verbosidad de que siempre dispone, concluye sus arengas generalmente con frases sonoras, que si no consi-

guen hacer efecto, llegan, á lo menos, á despertar la atención de su auditorio. Sin embargo, al concluir, todos pueden preguntarse de qué ha hablado el señor Balmaceda, ya que su última nota les ha hecho recordar que era él quien tenía el uso de la palabra. Pásale á este orador lo que á esas malas cantatrices de teatro, que á fuerza de levantar mucho el tono de los finales arrancan algún aplauso.

Nó, el señor Balmaceda no es un orador, ni cosa que se le parezca; es sí un hablador, que hila frases sobre frases hasta inundar á su auditorio en un mar de palabras.

Fáltale, pues, la ciencia que da autoridad á la palabra; fáltale el brillo al concepto, el símil oportuno, la claridad en la exposición, el período sonoro y rotundo de la hermosa lengua de Castilla, que tanto contribuyen para mantener en suspenso la atención del auditorio; fáltale, por último, el calor del discurso, que reproduce el calor del alma, es decir, sinceridad, verdad, justicia, condiciones fatales de todo orador.

El señor Balmaceda podrá ser ameno, ilustrativo, feliz talvez en un salón de mujeres; pero en los estrados de un parlamento, en que la discusión versa siempre sobre cuestiones técnicas, y en que para hacerse oír se ha menester del saber y de la verdadera elocuencia, es sólo un arlequín, que, con el aplauso de las turbas, tendrá siempre la compasión de los hombres verdaderamente ilustrados.

VIII

¿El señor Balmaceda es hombre de ideas, de principios firmes, de sinceridad política? Esta

pregunta es bastante necesaria en la hora presente, en estos momentos en que la modestia de sus pretensiones y el clamoreo incesante de unos cuantos aventureros políticos tratan de arrastrarlo hasta la primera magistratura de la República.

La metamorfosis en el vasto campo de las ideas políticas y religiosas no importa en verdad una censura; muy por el contrario, ella revela que el espíritu en esa lucha continúa por el bien y por el progreso, ha sabido penetrarse de la grandiosidad de sus destinos.

Empero, para que este esfuerzo sea laudable es menester que la honradez, la sinceridad del intento haya precedido á la revolución operada.

Ahora bien, estudiando con imparcialidad las dos grandes faces de la vida pública del señor Balmaceda, no podemos menos que aseverar con dolor que jamás por jamás la política de esta patria tan querida, ha podido presenciar un tránsfuga más indecoroso, un mercader más indigno, un ambicioso más sin escrúpulos.

Veámoslo.

Ya hemos dicho que el señor Balmaceda inició su carrera oratoria en la Cámara de Diputados, denunciando los abusos intervencionistas del ministerio Amunátegui. Y el humo de este incienso quemado en el ara santa de la libertad no iba á extinguirse hasta el día que el señor Balmaceda tomara por asalto un sillón ministerial.

Desde 1870 hasta 1881, es decir durante once largos años, que representara al departamento de Carelmapu ante la Cámara de Diputados, el señor Balmaceda estuvo siempre de pié para protestar de todo atropello real ó hipotético de la Constitución y leyes de la República, para trabajar con tesón porque una reforma radicalmente liberal se introdujera en el sistema orgánico del país.

Sus discursos parlamentarios fueron una segunda edición de sus discursos tribunicios del Club de la Reforma: los mismos conceptos, la misma forma, iguales homenajes á la verdad y á la justicia.

Al verlo sereno é impertérrito en su sillón de representante, sacrificándose siempre por todas las preciosas garantías del ciudadano y de la colectividad, uno creía ver en él á una de esas vestales de los templos paganos, á quiénes incumbía el alimento y conservación del fuego sacro. libertad.

¿Qué ha sido ahora de tantas promesas? ¿Qué de tantos idilios en honor de los grandes principios de la democracia moderna?

¡Ah! todo aquello no fué más que un afecto platónico, encaminado á conquistar un pedestal de popularidad para poder así trepar á la altura y adueñarse del poder, cosas ambas no muy difíciles en un país en que la incredulidad y la indiferencia políticas se dan frecuentemente la mano.

Pasaremos en rápida revista la labor administrativa del señor Balmaceda, á fin de hacer resaltar su inconsecuencia, su deslealtad, su perfidia; pero antes séanos permitido detenernos unos cuantos momentos para juzgar al diplomático.

IX

La cuestión de límites con la República Argentina había llegado en los últimos meses de 1878 á un período tan crítico, que la guerra se presentaba como la única solución del conflicto. El ministerio Prats, dando oído á los consejos de la prudencia y á los bien entendidos intereses de la Re-

pública, llegó á negociar por medio del telégrafo un arreglo en que, haciéndose concesiones recíprocas dejaba á cada cual satisfecho, ó á lo menos sin herir las susceptibilidades nacionales.

Para llevar á feliz término este proyecto, ambos Gobiernos creyeron de su deber acreditar diplomáticos ante los gabinetes de Santiago y Buenos Aires. El ministerio Prats, para tan elevada misión, llamó al señor Balmaceda, que en los debates á que dió origen aquel proyecto en la Cámara de Diputados había sido uno de sus más calurosos sostenedores.

La propuesta era tentadora y el favorecido no vaciló en aceptarla.

Una misión diplomática acarrea siempre prestigio y brillo; porque se infiere, y á veces hay para ello razón, que el elegido goza en su país de respeto y estima, cuando ha podido dársele el encargo de llevar la palabra y el pensamiento de la patria.

El señor Balmaceda partió á su destino á mediados de marzo de 1879.

Aunque la misión no era de gran labor, el diplomático se hizo acompañar de tres secretarios, recordando probablemente que los embajadores de las cortes europeas los tienen en gran número. Todo lo que es aparato, despliegue aparente de fuerza, cuadra muy bien al espíritu del señor Balmaceda.

Los ánimos argentinos no se encontraban muy bien dispuestos hácia nosotros, su irascibilidad había llegado á su colmo con la guerra del Pacífico, que Chile declaraba en los mismos momentos en que el señor Balmaceda pisaba la patria de San Martín y Rivadavia.

Dados estos antecedentes, la misión aunque destinada á confirmar lo que por medio del hilo

eléctrico se había hecho, no hacía esperar un desenlace feliz.

No puede negarse que hay en el señor Balmaceda las esterioridades de un diplomático. Sus maneras, la facilidad de su elocución, el donaire de su cuerpo, la movilidad de su espíritu, todo contribuye para que al primer aspecto se le considere un aventajado discípulo de Meternich.

Tal le aconteció en Buenos Aires. Muchos estadistas se apresuraron á darle la bienvenida y no pocos á creer que había en el enviado chileno las cualidades de un negociador hábil y circunspecto.

Desgraciadamente esos buenos vientos soplaron por muy pocos días. El Ministro de negocios extranjeros y el Presidente de la Argentina estrecharon muy luego al diplomático y se convencieron de que en él no había mas que formas, nada mas que palabras.

“Fácil nos será,” decía el presidente Avellaneda á su Ministro Montes de Oca, despedirlo sin que penetre nuestros planes y aun sin que lleve á su país el menor disgusto.” En otra ocasión el mismo señor Avellaneda repetía en un grupo de amigos ilustrados: “he querido sondear el grado de inteligencia del señor Balmaceda y su caudal literario, y me he convecido que el dedo meñique basta para llegar hasta el fondo de su saber.” En otra oportunidad decía: “á Balmaceda puede apellidársele el diplomático *sonaja*.”

Iguals conceptos mereció nuestro hombre de otras eminencias argentinas. En todas partes dejaba huellas de su palabrería vana, huca y retumbante; de la suma escasez de su inteligencia é ilustración.

Con tales preludios no será difícil calcular lo que el señor Balmaceda alcanzó para su país.

Es el tipo como el
potentado

En los primeros días de mayo de 1879, el Congreso Argentino tomó en consideración el proyecto Fierro-Sarratea, que el señor Balmaceda había llevado el encargo de hacer aceptar, y después de un debate por demas irritante para Chile fué desechado de plano.

El fracaso no pudo ser mas completo.

El negociador volvió entonces los ojos á la patria y pidió nuevas instrucciones á su gobierno. Con ellas tuvo, en fin, la felicidad de firmar con el Ministro Montes de Oca un pacto, que quedaría en suspenso hasta que, una vez concluida la guerra del Pacífico, fuese permitido estudiarlo detenidamente.

El señor Balmaceda, sintiéndose demasiado feliz con este desenlace, volvió los ojos á la tribuna parlamentaria de su país, que consideraba cubierta con un negro velo por su ausencia, y puso proa á las aguas del Pacífico.

Muy luego veremos cómo el diplomático cumplió la palabra que empeñara ante la cancillería argentina.

X

Ya no era la diplomacia lo que más podía preocupar al señor Balmaceda. El ascenso en esta carrera es muy limitado, y él de un solo golpe había conseguido llegar á la cúspide. Las alas de su ambición le empujaban mucho mas allá todavía. Para ello era menester tornar al seno de la representación nacional, terciar de nuevo en sus debates y urdir alguna intriga política que le arrojara sobre un sillón ministerial. Y todo esto fué lo que hizo y obtuvo, ya que sus electores de Carelma-

*Permitió la ley en Falso
de ley misma al fin
Balmaceda informo el tratado del 18
que alegaraba a Chile en sus derechos*

pu se habían dado el placer de reelejirlo en su ausencia.

Las horas que corrian en los momentos en que el señor Balmaceda se reincorporaba á la patria, Agosto de 1879, no estaban exentas de peligro. Si no había perplejidades, sentíanse á lo ménos dudas y temores por el éxito de la campaña en que estábamos empeñados. Todos, pueblo, gobierno y congreso aunaban sus esfuerzos para que la frente de la patria fuese ceñida con el laurel de la victoria.

Triste es decirlo, al señor Balmaceda no ha cabido en la grandiosa epopeya del Pacífico ni el mas ínfimo papel. Jamás alentó con su acento á los que marchaban al campo de batalla, jamás sintióse inclinado á poner á contribución su tiempo ó sus cuantiosos intereses en esas múltiples faenas que organizan los elementos de la victoria.

Aunque por el estado fundamental correspondía al Ejecutivo la dirección de la guerra, no por eso los miembros del parlamento dejaban de hacer manifestación de sus ideas, cuando ellas podían imprimir mejor rumbo á los destinos de la patria. En esta tarea, noble y viril y secundada por un gobierno respetuoso en el mayor grado de los fueros y de la iniciativa parlamentaria, el señor Balmaceda ha ligado su nombre á un hecho, que está muy léjos de importar un título de honor.

La batalla de Tarapacá, acaecida en 28 de Noviembre de 1879, fué en realidad una verdadera derrota para nuestras armas. La impericia de algunos de los jefes que mandaban el ejército, lo desconocido del terreno, la fatiga y la carencia absoluta de víveres, ocasionada por una marcha larga y penosa, fueron probablemente algunas de las causales de ese desastre.

Ello dirían los señores del Congreso

*Tric labou
del Cuervo
y de Torgara
que pagó
a este jefe
para ser
los antipollos
después de abandono
como Candidato Bra
entonces*

El valor chileno, que jamás ha sido víctima de apreciaciones quijotescas, excluyó la batalla de Tarapacá al decretar medallas y honores por las victorias de nuestro ejército.

Tal determinación despertó la susceptibilidad del señor Balmaceda. Un hermano político suyo, colocado hoy al frente de los destinos de una gran provincia, había sido uno de los jefes de aquel encuentro y probablemente el causante de semejante bochorno. Su timidez en presencia del enemigo y su lijereza para desertar del campo de la victoria ó de la muerte, después de haber arrasrado hasta él á sus soldados, llegaron á ser proverbiales en el ejército chileno.

El señor Balmaceda creyó que había llegado la hora de rehacer esa página histórica y borrar la mancha que todavía cubre el rostro de su deudo. En discursos desaliñados en la forma, sofisticos y falsos en el fondo, intentó convencer á sus colegas que ninguna acción de guerra era más digna del recuerdo del Congreso que la de Tarapacá, alegando que el enemigo no había podido adueñarse del campo y que en consecuencia sus ventajas no habían reportado beneficio á su causa.

Estas balandronadas, este atropello de la verdad en medio de una retórica tan vana como interesada, hicieron que el Congreso de Chile ofreciera el triste aspecto de una escena peruana. Toda la seriedad de nuestras deliberaciones quedó en ese día oscurecida y al señor Balmaceda cúpole el honor de ser un digno imitador de la jactancia y atolondramiento del generalísimo don Nicolás de Piérola.

Empero, si los altos y verdaderos intereses de la patria nada consiguieron del señor Balmaceda, en cambio su espíritu luchaba sin cesar por un

La refusa
u dego con
que el con
si simple
algunos
de jato
besos

Esto es la
nagacion
del ayulle
pajima de
horacion
Lobanillo
cio pinto
al misa
noble
atropello

mayor poderío. A pesar de su inesperienza política, comprendía que hay una hora para la exaltación, y que si ella se deja pasar, nada, absolutamente nada podrá hacerla volver.

Con todo, esa hora no había sonado todavía para el señor Balmaceda. El presidente Pinto demasiado circunspecto y bien penetrado de la clase de hombres que su administración exigía, ni por un sólo momento pensó en llamar como cooperador de sus tareas á un político que por su vanidad, pretensiones y palabrería era la antítesis de su carácter.

El señor Balmaceda debía subir al poder en los momentos en que sonara para Chile la hora de su decadencia moral y política; porque sólo en tal época sólo podía surgir un espíritu sin convicción ni propósito firme, sin el sentimiento de su propia dignidad ni de la dignidad de la patria.

Esta época estaba ya muy próxima. Cuando el astro del día llega al zénit, forzoso es que comience á descender. Así Chile después de haber orlado su frente con los atributos de cien grandes victorias, conquistadas por la pujanza de su brazo y las virtudes republicanas de su ilustre conductor, el señor Pinto, forzoso era, siguiendo esa ley inmutable á que viven condenados las sociedades como todo lo que constituye la naturaleza, que comenzara el período de su oscurecimiento y que la imagen augusta de la patria fuese abofeteada y escupida por un déspota tan insolente como audaz.

XI

Sólo por una de esas paralojizaciones, de que los pueblos en ciertas horas fatales suelen ser víc-

timas, puede explicarse que Chile, orgulloso de su nombre por las grandes conquistas que acababa de alcanzar, más orgulloso todavía por su pasado de virtud y de honra, se entregara en mil ochocientos ochenta y uno en manos de un político, cuyo corazón bastardo, cuyo cerebro enfermizo habían dado solo frutos funestos para la vida nacional.

El señor Balmaceda fué uno de los cortesanos que rodeaban al señor Santa María en la hora de la exaltación. Su apoyo y entusiasmo no eran muy antiguos y en ello no había sinceridad alguna.

Iniciados los primeros trabajos en pró de aquella candidatura, el señor Balmaceda temió comprometerse, creyendo que la talla del ilustre soldado que la nación acababa de proclamar como su futuro jefe, era demasiado grande para que pudiera ser vencido en las urnas. De aquí provino que le viéramos concurrir á los banquetes dados en honor del ilustre guerrero y que á la vez formara en los cortejos del señor Santa María. Su objetivo no era mas que uno: trepar al poder, y el candidato que le ofreciera mayores probabilidades contaría con su adhesión.

Las dudas se disiparon y la repugnante figura del señor Santa María apareció con aire de triunfo en medio de la escena. Un poco de esfuerzo y todo estaría consumado.

El señor Balmaceda dejó de ser un enigma y embarcóse resueltamente en la nave que prometía la victoria.

No obstante, para alcanzar el triunfo menester fué, a pesar de la manifiesta complicidad de los hombres de gobierno, librar algunas batallas en el Parlamento, en el periodismo, en las tribunas públicas y especialmente apelar á la intriga bi-

zantina para ahuyentar á los unos, para convencer á los otros, para inspirar confianza á los más.

El señor Balmaceda no vaciló en prestarse á desempeñar tan múltiples como laboriosas tareas.

Dándose los aires de un jefe de partido, comenzó por provocar una reunión en su propia casa de aquellos miembros del Congreso que prestaban su cooperación al candidato de la Moneda, á fin de concertar los medios para defender las mil y una irregularidades de que la elección estaba plagada, reservándose para él la iniciativa del escándalo y del golpe audaz.

Hasta ese día, si el señor Balmaceda no había sido en el Parlamento idea, consejo, luz, había sido siquiera respeto por sus colegas, moderación etc.

El papel de defensor de la libertad y del derecho iba á cambiarse. La víctima, se convertía en verdugo y en verdugo tan irritante como descarado. Por primera vez militaba netamente en las filas de la mayoría, y por primera vez alzaba su látigo para lacerar las espaldas de la patria y su voz para maldecir lo que poco ántes había adorado.

Preciso es confesarlo en honor del señor Balmaceda: la nueva carrera que empezaba no lo encontró inexperto. Mostróse desde el primer instante tan desvergonzado y tan audaz en el ataque al derecho y la justicia y en la preconización del fraude, que costaba trabajo reconocer en él al antiguo diputado de Carelmapu.

Tanta firmeza en el nuevo terreno elejido importa un argumento irreprochable para sostener que la honradez y la lealtad son plantas exóticas en la naturaleza de nuestro hombre.

Saldríamos de los límites que nos hemos trazado, si abordásemos una á una las diversas peripe-

cias parlamentarias que presidieron la elección del hombre, que hoy, para mengua de Chile, rige todavía sus destinos. Bástenos recordar que en esas bochornosas orgías en que todo se sacrificara, honor, virtud, palabra empeñada, antecedentes, para satisfacer los deseos de un espíritu anti-patriótico, cúpole al señor Balmaceda el rol más comprometente.

Caiga sobre él por esta primera deslealtad con los principios el fallo inapelable de la historia.

Si de estas escandalosas escenas, que tenían por teatro el augusto recinto de la ley, pasamos á las intrigas entre bastidores, en las que el señor Balmaceda fué hilo y centro, el calor de la indignación alcanza á muchos grados más.

El espíritu maquiavélico del hombre, que en esos días todo lo agitaba y lo convulsionaba para trepar al sillón de la primera magistratura, había *descubierto* que para la prosecución de sus deseos le era indispensable minar el mérito de su rival.

El señor Balmaceda, sin conciencia de sí mismo, sin la menor noción de la justicia, no rehuyó el cuerpo á tamaño intento, que era obra de vergüenza é ignominia para el país.

La tarea no era difícil, porque el darse la maledicencia no ha sido nunca obra de romanos. Aunque no se consiguiera echar sombras sobre la reputación del héroe, se consiguió sí entorpecer los proyectos con que la patria agradecida deseaba recompensarlo.

Esta guirnalda conquistada en tan ímproba labor, unida á otras muchas, servirá para tejer la corona del candidato de la convención de Enero.

Y con estos procedimientos, el señor Balmaceda no equivocó el rumbo. Sabía bien que para

merecer la confianza del hombre que se elevaba sobre sus conciudadanos, era necesario desentenderse de todo lo que el deber y la virtud han siempre enaltecido.

Los acontecimientos han venido á probar que tenía razón.

XII

Hemos llegado á la tercera faz que ofrece la existencia del señor Balmaceda.

Estamos en presencia del hombre de gobierno. Si el idilio místico en que está envuelta su adolescencia, deja tristeza en el alma por la ninguna sinceridad de sus propósitos; si su cruzada en pró de la libertad es igualmente fatídica por su falta de respeto á la palabra empeñada; su acción administrativa importa la más tremenda y negra apostasía, la negación más completa del credo que mil veces en el altar de la patria había jurado observar.

¡Qué tristes y lúgubres escenas tenemos que desenvolver ante nuestro público! ¡Qué de golpes alevés, qué de farsas indignas, qué de crímenes odiosos contra el honor, la verdad y el derecho!

Son de ayer; pero es menester repetirlo para que día á día caiga sobre ellos y su autor la justa indignación de todos los que en este país rinden culto á la virtud.

Comencemos.

No tuvo el señor Santa María al organizar su primer ministerio grandes dificultades que vencer. Los solicitantes eran numerosos. El señor Balmaceda se contaba entre éstos, manifestando

así que exigía una pronta compensación de servilismo.

En fin, el 18 de Setiembre de 1881 llegó, y nuestro personaje fué encargado de la cartera de Relaciones Exteriores.

El público, que de antemano tenía noticias de suceso, dió la voz de alerta y afirmó que ese era un ministro imposible. Creía, ¡oh candor! que la misión diplomática, que no há mucho había desempeñado en el Plata era un obstáculo para asumir la cartera.

En efecto, el primer acto del gobierno del señor Santa María, una vez abierto el Congreso, era ratificar el tratado que los presidentes Pinto y Roca acababan de ajustar sobre la cuestión de límites entre Chile y la Argentina, tratado que autorizaba elocuentemente las negociaciones que el señor Balmaceda celebrara en Buenos Aires.

La convención internacional fué sometida al Congreso y encontró en el señor Balmaceda á un defensor ardiente y apasionado. Era así, no haciendo honor á su palabra, como daba comienzo á su carrera ministerial,

Prosigamos en la *via-crucis*.

La situación política que ofrecía la República al advenimiento del señor Santa María no era muy consoladora para el patriotismo.

Los partidos ó agrupaciones, que en tiempos no lejanos habían sido fuerza, iniciativa, labor, síntomas inequívocos de virilidad, resolvieron colgar sus armas, seguros de que todo intento iría á estrellarse estérilmente contra el hombre osado que acababa de subir á la presidencia de la República.

Este abandono inexplicable en la hora presente, fué casi un deber impuesto por los acontecimientos.

tos. Si muchos lo deploraron, todos creyeron que evitaría al país actos odiosos de intervención electoral.

Las previsiones del patriotismo salieron fallidas.

Al señor don José Francisco Vergara, retirado por su probidad política, sucedió en el Ministerio del Interior don José Manuel Balmaceda, después de un interregno en el que el señor Santa María buscó inútilmente otro hombre que le inspirara mayor confianza.

Aquí se abre la era de la decadencia de este país, que ya nos tiene al borde del abismo. El bajo imperio bizantino ha vuelto á la vida entre nosotros; y todo es la obra inícuca de dos hombres que jamás tuvieron ni conciencia ni virtud: don Domingo Santa María y don José Manuel Balmaceda.

Las elecciones de marzo de 1882 no tenían para qué ser espúreas. El gobierno dominaba sin contrapeso en toda la extensión del país. Solo un hombre había osado arrojarle el guante, un ciudadano de energía indomable, que mejor que otro alguno tenía el sentimiento de las desgracias que tal gobierno debía hacer pesar sobre la República.

A pesar de todo, la falsificación mas audaz se entroniza y por primera vez la representación nacional soporta la vergüenza de que sus asientos se vendan en pública almoneda.

El señor Balmaceda que por cuatro períodos sucesivos fuera elegido en Carelmapu con cierta independencia, llegó en ese año á la Cámara de Diputados con una doble investidura, la de este departamento y la de Santiago. El déspota de la Moneda había querido que el señor Walker Martínez, en cuyo favor cayeron mas de treinta mil

votos en éste último departamento, fuera suplantado por su ministro el señor Balmaceda.

Verificada la farsa grotesca de la elección, restaba la tarea de sincerarla ante el Congreso, y el señor Balmaceda la abordó con toda la cínica audacia de que ya tiene dada tantas pruebas.

No obstante el esquisito cuidado que gastara el presidente Santa María al elejir á sus congresales, muchos se resolvieron á combatir su funesta política y á pedirle estrecha cuenta de sus actos.

Para evitar una derrota segura en el departamento de Rancagua, asiento de grandes elementos conservadores, habíase apelado por el gobierno al incendio de los registros electorales. Llevado el asunto á los estrados del parlamento, el señor Balmaceda, uniendo el sarcasmo al crimen, lo grotesco á la infamia, intentó echar un denso velo sobre ese delito, que por vez primera se cometiera en la República. Para el Ministro sin delicadeza nada valieron ni las protestas indignadas de la opinión pública ni la marca de incendiario que sobre su frente le estampara la patria ofendida. Ya no conocia ni el rubor de la vergüenza, y era menester continuar en esa senda para alcanzar la plenitud del favor presidencial.

XIII

Fatigado suponemos ya á nuestro público, como lo estamos nosotros, con la exhibición de tantas miserias. En el árido desierto, que la desgracia nos hace recorrer, no hemos dado hasta ahora ni con el menor oasis. Cambiemos por completo el rumbo, á ver si encontramos algun arro-

yo de cristalinas aguas en que apagar la sed ardiente que nos devora.

Dudamos que esto suceda.

Concluida la calificación de las elecciones, los hombres independientes y liberales que tenían un asiento en la Cámara de Diputados pensaron en resolver los diversos problemas de su credo político, ya que por primera vez no había en el Parlamento diputados conservadores que entorpecieran ó hicieran fracasar tal empeño.

Era indudable que la iniciativa debía corresponder al gobierno desde que todas sus individualidades habían llegado al poder alardeando en sus programas servir á esa reforma.

Sin embargo, ni el presidente ni sus ministros pensaban en nada serio, en nada que pudiese corresponder á sus promesas. Osados para minar por su base la soberanía popular, más osados todavía para corromperlo todo en la prosecución de sus dañados intentos, temblaban en presencia de esas reformas liberales, que tanto habían acariciado desde su juventud.

No obstante, la hora había llegado; la fuerza de la corriente que impulsaba hacia adelante era demasiado grande para que se pensase siquiera en detenerla. La tarea comenzó; pero el gobierno que marchaba á tientas y sin conciencia, no iba á recoger gloria alguna; porque en vez de ajustar sus procedimientos al credo liberal, inspiróse en los intereses de círculo.

Tres son las leyes liberales con que el señor Santa María y en especial el candidato de la convención de Enero arguyen á todas horas para pedir recompensa é imperecedera gloria. Nada más errado que todo esto. Veámolo.

La ley de cementerios, si importa un paso adelante, importa también un retroceso en la senda

de la libertad. Al pomposo mote: *libertad de tumbas*, ha contestado el señor Balmaceda con una tumba forzosa para todos. La enmienda del Senado para que se permitiera á toda comunidad religiosa erejirse á su arbitrio cementerios con tal de conformarse en lo higiénico á los reglamentos municipales, enmienda que era una solución verdaderamente liberal del problema y tal como se ha entendido en los países mejor organizados, fué combatida enérgicamente por el señor Balmaceda y sus parciales. ¿En nombre de qué principios? En nombre de un espíritu pequeño, que entiende por libertad lo que es un ataque á la creencia. ¿De cuándo acá todos los hombres oramos en el mismo templo? ¿De cuándo acá para formar nuestras familias ó para ligarnos con los vínculos de la amistad no consultamos las costumbres ó el modo de ser social y religioso de los demás? ¿Acaso no nos estrecha á cada instante la igualdad de condiciones ó de creencias?

Solo el señor Balmaceda no ha podido ver todo esto; y su sectarismo ciego no le permitió verificar una reforma que con justicia mereciera el nombre de tal.

No lo guió mejor estrella en la ley del matrimonio civil.

En un país en que no existe más que una sóla creencia someter á los contrayentes á dos ceremoniales de idéntico alcance, acusa en el legislador una falta de verdadero sentido común. ¿Si nadie en Chile, incluso el mismo señor Balmaceda, si fuera soltero, puede contraer matrimonio sin someterse al ritual de la Iglesia Católica, á qué obligarlo á concurrir con igual propósito al oficial del Estado? Si el Gobierno deseaba poner el matrimonio y con él la filiación de todos los individuos bajo el amparo de su diestra ¿por qué

no dispuso que los contrayentes después de realizada su unión según los ritos de su creencia la registrasen ante el oficial civil, como se hace en la gran República del Norte?

¡Ah! esta solución habría sido cordura y justicia y esto no se encuentra en el señor Balmaceda.

Como lo decíamos un poco antes, la iniciativa de estas reformas corresponde á los miembros de ese Congreso; lo incompleto é irregular de ella debe cargarse á la cuenta del Ministro, que en esa ocasión, como en todos sus actos de tal, jamás ha tenido otra voluntad que la de su amo el presidente Santa María.

XIV

Avancemos en el terreno de las inconsecuencias, ya que su exposición nos servirá para sondear el porvenir.

Las reformas teológicas, de que acabamos de hacer mérito, aunque incompletas, tenían como término forzoso la separación de las dos grandes entidades que labran el bienestar de una sociedad: la Iglesia y el Estado. Habiendo arrancado de manos del primero de estos poderes la constitución de la familia, y en consecuencia la fuente de donde arrancan todos los derechos civiles, lógico e ineludible era provocar una solemne liquidación entre ambas potestades.

Nada podía argüirse contra esta solución, ya porque los espíritus estaban suficientemente preparados para recibirla, ya porque en Chile no existe, como en algunas monarquías europeas, esa razón de estado que vé en el libre ejercicio de la Iglesia un peligro para la soberanía nacional.

Sin embargo, nada de esto pudo pesar en el criterio de nuestros conductores.

El señor Balmaceda, haciéndose el eco, no de sus convicciones, que jamás las ha tenido, sino de los caprichos del César dominante, fué al seno del cuerpo legislativo á borrar con su mano izquierda lo que diez años atrás había escrito con su diestra. La apostasía no pudo ser más imperdonable y todo estadista de honor y de criterio habría preferido, como aquel patricio de las orillas del Tiber, meter su mano al faego antes que inferir tal afrenta á su nombre.

El proyecto de reforma, que el señor Balmaceda hizo triunfar en las sesiones de 1884, no obedece á principio alguno liberal y él es sólo una prueba más de la triste impotencia de este político sin honradez.

Felizmente para la seriedad de nuestras instituciones, tal proyecto no será jamás ley de la República. Hay en el Congreso actual, llamado por la Constitución á ratificarlo, el sobrado número de representantes para impedir su aprobación.

Pueden, pues, los señores Santa María y Balmaceda principiar á ver las consecuencias de su política torpe é irrisoria.

Abordemos ahora las otras fases del problema liberal y veamos cómo les rindió culto el señor Balmaceda durante su ministerio.

El voto acumulativo, que desde diez años atrás viene siendo una noble aspiración de todos nuestros políticos, fué combatido por él con toda energía, ya en la elección de los consejeros de Estado, ya en la de los electores de presidente de la República. Una sola razón, la unidad del gobierno, era la invocada por el señor Balmaceda. Mas, había otra oculta: el voto acumulativo podía hacer fracasar la poderosa influencia del presidente de la

República; y el señor Balmaceda no estaba dispuesto á consentir en reformas que pudieran arrebatárle alguna de sus esperanzas.

Con un Congreso netamente liberal, como el de 1882, y con una mayoría tan dócil como servil, pudieron los hombres de gobierno sin obstáculo alguno, haber ensanchado el poder de las comunas, haber cercenado las inmensas atribuciones de los jefes de provincias y departamentos, haber echado las bases de la guardia nacional bajo un sistema democrático, y especialmente, haber afrontado una reforma viril y honrada de la carta fundamental para devolver al ciudadano algo siquiera de lo que hoy incumbe á la autoridad.

Pero el señor Balmaceda marchaba tras un ideal más positivo. La presidencia de la República la veía á cada instante en el horizonte de sus ambiciones. Además, el vacío comenzaba ya á hacerse al rededor del jefe del Estado. Los hombres de bién se retiraban para no corromperse en la atmósfera deletérea que envolvía á la Moneda.

Si tantas miserias y ruindades me han traído la ilimitada confianza del amo, el progreso en esta senda me acarreará el triunfo definitivo: tal debió ser en esos días el raciocinio del señor Balmaceda.

Entramos en el último período de la enfermedad, cuando la ciencia y el empirismo abandonan el campo á la nigromancia: un Ministro de Estado de la República se convierte en el jefe de una pandilla de bandidos.

XV

No se necesita de mucha perspicacia para comprender el por qué del esfuerzo que gastó el se-

ñor Balmaceda en la elección del Congreso en ejercicio. El logro de sus ambiciones está en razón directa del número de hombres con que ahí cuenta.

Cegado por esta idea y convencido de que era menester secundar al señor Santa María en sus odios y bastardas maquinaciones, abordó la empresa con toda resolución, sin que ni un escrúpulo asomara á su alma envilecida.

La ocasión era propicia.

Los partidos de oposición, centinelas del honor de la patria, habían decidido combatir al monstruo de la Moneda con todas las armas que la ley ponía en sus manos.

Como fruto de este generoso esfuerzo, la victoria, además de otros puntos, presentábase segura en los departamentos de Santiago, Putaendo, Cachapoal, Curicó y Talca.

¿Qué hacer para frustrarla?—Esta era la pregunta que día á día se hacían los dos *genios tutelares* de Chile: el Presidente y el Ministro del Interior. Apelemos á la mazorca y al sable, dijo el primero, recordando sus hazañas de Colchagua en 1849. Y la sangre chilena, derramada á torrentes en la Cañadilla, Buin y Viña del Mar, manifestó á los verdugos del pueblo, que los hombres que habían enarbolado como bandera la libertad del sufragio, estaban dispuestos al sacrificio. Entonces, agregó el Ministro de la escuela de Maquiavelo, hagamos en las tinieblas lo que la luz del día nos haría fracasar. La orden fué dada y los esbirros del señor Balmaceda, los Mujica, los Pinto Agüero, los Stephan, los Muñoz, etc., etc., consumaron los crímenes ideados por su señor.

Hasta hoy la odiosidad de esos atentados ha caído solamente sobre esos pobres instrumentos. Nó, la voz de la conciencia chilena debe elevarse

muy alto y proclamar ante la faz de la nación que no hay más que un culpable, un solo ladrón e incendiario de registros, secuestrador de mayores contribuyentes, etc., etc., y que ese es el ex-Ministro del Interior y hoy candidato á la Presidencia de la República, don José Manuel Balmaceda.

Doblemos esta hoja. La indignación del patriotismo sube hasta ahogarnos y por nuestra propia vergüenza habríamos querido no tropezar con tanto cieno.

Que el génio del mal, que en esas negras horas se cerniera sobre la imágen de la patria, emprenda su vuelo y no torne á visitarnos.

XVI

Si esas maquinaciones victoriosas contra la augusta soberanía del pueblo inundaron de tristeza á los hombres honrados, sin distincion de colores políticos, en cambio el presidente Santa María y su Ministro sintiéronse satisfechos. El uno porque se había vengado de los políticos que le despreciaban como hombre y como mandatario, y el otro porque el contento de su amo importábale una probabilidad más de engrandecimiento.

Bajo tales auspicios, celebráronse las elecciones en la República, consiguiendo algunos hombres de carácter llegar hasta los bancos del Congreso.

Concluidas las operaciones de la empresa, forzoso fué pensar en el reparto de las utilidades.

La palabra correspondía al señor Santa María, ya que la indolencia y la debilidad del pueblo chileno jamás se han atrevido á disputar la presa á su gobernante.

El déspota, recogién dose en sí mismo, taciturno con los horrores de su política y viendo ya de cerca el juicio de sus contemporáneos por la sangre derramada, por el derroche de los caudales públicos, por las leyes vilipendiadas, etc., etc., comenzó á buscarse un sucesor digno de él y de sus hazañas, un sucesor que, asegurándole la inmunidad, fuera capaz de capitanear á los cómplices de su política.

El intento no exigía gran esfuerzo. En 1882, tratando de darse un Ministro del Interior, encontrólo, según la picante expresión de Isidoro Errázuriz, después de dos meses de inútiles fatigas, debajo de su propia aimohada. Esta lección no la había olvidado. Tendió su mano, hizo vibrar el hilo eléctrico, y el socio con quien explotaba al país fué proclamado heredero del feudo chileno.

Y aquí está todo el secreto, todo el origen de la candidatura presidencial del señor Balmaceda.

XVII

Desde que nos hemos constituido como nación libre y soberana, jamás por jamás el pueblo ha elegido á su primer magistrado. Inútiles han sido hasta el presente los esfuerzos de los partidos y de la opinión para arrebatár á la autoridad suprema el poder de darse un sucesor. Y en esta usurpación, incorporada hasta cierto punto en nuestro derecho público consuetudinario, fúndanse únicamente los sostenedores del señor Balmaceda, para asegurar que todo intento en contrario será vano y estéril.

En hora buena, hablen así los espíritus pequeños.

Sin embargo, tres son los puntos que con imparcialidad y criterio sereno deben examinarse para compulsar las probabilidades del triunfo ó de derrota que presenta la candidatura del señor Balmaceda. El primero, mira al prestigio ó fuerza moral del gobierno que la sustenta; el segundo, á la persona del candidato, antecedentes, servicios etc.; y el tercero, á los elementos de que disponen los partidos de oposición.

Respecto al gobierno y su candidato hemos ya disertado; pero nunca insistiremos lo suficiente sobre la irritante situación que se han creado por sus faltas y crímenes.

Desde 1810 gobierno alguno ha existido, incluso el terrible decenio montt-varista, más desprovisto que el actual del respeto y de la estima de los hombres que algo significan y de los partidos que pesan en la balanza de la opinión pública.

Su temerario intento de pasar sobre la Constitución y las leyes, su malversación de los caudales públicos con el fin de comprarse plumarios y oradores que aplaudan su política, su prurito de sobornar al magistrado judicial con un fácil ascenso en su carrera, su insensata pretensión de avasallar todo, Congreso y pueblo, etc., etc., han hecho que cuantos en Chile respetan la virtud y la honradez por lo que ellas en sí valen, se nieguen á compartir responsabilidades con un gobierno que así procede.

Si hay adhérentes en número bastante para triunfar en las elecciones y obtener votos de aplauso en el Congreso, ello no debe estrañarse, porque siempre han encontrado cómplices los Rosas, los Daza, los Guzmán Blanco y los Melgarejo.

El señor Santa María no tiene nada que pedir ni envidiar á estos tiranuelos. Es sí un poco más culpable: aquéllos nacieron y se educaron ó en las pampas, aprendiendo á manejar el lazo y el caballo, ó en el vivac de los campamentos, aprendiendo en la doble embriaguez de la ignorancia y del vino el manejo del sable y del garrote; y el señor Santa María formóse, según se dice, en un hogar decente.

¿Qué decir ahora del candidato?

Siempre los gobiernos, á fin de hacer más llevadera su empresa, proclamaron como candidatos á la presidencia á ciudadanos más ó menos eminentes, pero siempre llenos de servicios á la causa nacional, intachables por su honorabilidad, y por lo mismo de todos respetados.

¿Quién es el señor Balmaceda?

La encarnación funesta de dos apostasías—una política y otra religiosa—hé ahí todo.

Su improbidad política le ha llevado hasta pagar con los dineros de la nación los plumarios de su prensa y á los oradores de que dispone en el parlamento. Su desprecio por la opinión pública le permite rodearse de jentes, que sin el menor pudor representan á las mil maravillas su papel de bufones y gefes de tambos ú orgías de arrabal; su desconocimiento, en fin, de los fueros de la conciencia pública le aconseja no detenerse ante atropello ó infamia alguna con tal que vayan encaminadas al objetivo que persigue.

Sus aptitudes intelectuales están á la altura de su bagaje moral.

Cuando no se tiene sobre la frente los laureles de la gloria, noblemente conquistados en los campos de batalla; cuando no se tiene un nombre esclarecido en los fastos de la historia; cuando no se ha alcanzado la estimación pública por actos

de suprema abnegación; preciso es para intentar conducir naciones, haber prestado á la política y demás ciencias sociales una atención esmerada, y ser siempre secundado en esas tareas por un claro talento y una integridad á toda prueba.

La reseña que dejamos trazada de la vida pública del señor Balmaceda pruébanos cuán ingrata y estéril es su inteligencia.

Sus conocimientos de estadista no van mas allá de saber doblegarse ante el hombre á quien sirve y de saber alhagar las pasiones populares con fementidas promesas. Su ciencia económica, que, según el dicho de un conocido escritor, constituye la base de todo hombre público, es tan rudimental que hasta la fecha un solo problema ha podido resolver, y ello inspirándose en las máximas de sus mayores: *el mejor modo de hacer dinero, consiste en tener cerrada la bolsa, manteniéndose sordo á las calamidades públicas y particulares.*

Nó, el señor Balmaceda no tiene la talla de un conductor de pueblos. Nada le abona; todo en él es sombras, dudas, temores, perpetuo sinsabor para la conciencia del país.

El sabrá hacer justicia.

La atmósfera está llena de elementos malsanos, la mayor parte del cuerpo social está ya corroído por el virus, pero en su fondo existe el gérmen de la vida; y como el sol, que rompe las tinieblas y consigue alumbrar al mundo, así él se abrirá paso, concluyendo por presentarnos grande, magnífica y radiante de luz la imágen augusta de la patria.

XVIII

Bosquejando, aunque sea superficialmente, los partidos y los hombres que favorecen con sus simpatías al señor Balmaceda, fácil nos será deducir los elementos ó recursos con que cuentan los partidos de oposición.

Los partidos, no pueden existir en las democracias representativas sino cuando simbolizan un credo de ideas y trabajan por su triunfo.

Ahora bien, los principios de buen gobierno pueden aclimatarse en solo tres zonas: cálida, templada y fría. En la primera nacen y extienden su hermoso ropaje las ideas radicales, las liberales en la segunda, y en la tercera las conservadoras. Fuera de estos tres órdenes, marcados, antes que por el hombre, por la mano de la naturaleza, no hay ni puede haber bandera digna de respeto.

Pues bien, estas tres agrupaciones políticas montan hoy la guardia y apréstanse para combatir sin trégua ni descanso al candidato de la intervención. En esa actitud vemos á los radicales con sus jefes más prestigiosos á la cabeza, como los Matta, los Recabarren, los Mac-Iver, los Vicuña, los Alfonso, los Arlegui, etc., etc.; en esa actitud también á los liberales, reconociendo por jefes á los Altamirano, los Aldunate los Sanchez Fontecilla, los Lamas, los García de la Huerta, los Ibañez, Matte, Reyes y Amunátegui, etc., etc.; y en idéntica actitud todavía á todo el partido conservador con sus capitanes, soldados y municiones.

¿Qué resta entonces al señor Balmaceda? ¿Dón-

de están sus falanges macedónicas con que pretende avasallar al mundo?

Sus parciales aseveran que los tres partidos comparten á esta hora los sacrificios de la lucha gigantesca.

Sí, los nombres están ahí; pero nó los principios y los hombres.

Donde está el rey, está la corte; donde está Pedro, está la Iglesia.

Pués bién, el señor Balmaceda ostensiblemente no cuenta con los jefes de los partidos liberales, única cosa tanjible en este país; luego sus pretensiones no están secundadas por el liberalismo.

Los radicales que le rodean son unos cuantos desertores, advenedizos de ayer, logreros de mañana. Los liberales que le aclaman no son ni más preclaros en antecedentes, ni menos perspicaces en el fin.

Pero, se nos dirá, hay un partido que le bendice y le llama su Mesías, el *partido nacional*.

Nosotros talvez nos sentiríamos inclinados á borrar las páginas que acabamos de escribir; porque, aunque bastante escépticos fiamos algo en la enmienda humana. Pero, al ver al señor Balmaceda haciendo causa común con reos rematados, la espada de la justicia debe caer sobre él inexorable.

Nada perjudica más al señor Balmaceda, á tal extremo que todos los chilenos unísonos levantarán la voz para maldecirlo, que la triste comparsa que le acompañará en el campo eleccionario.

El bando montt-varista, personal en esencia, bastardo por su origen, sin otro lema que apoderarse del gobierno y del país para explotarlo, ha sido ya juzgado por la historia y los acentos mil de la indignación, hánse levantado para protestar de

ese decenio de oprobio y de vergüenza, que forma la época de su abominable reinado.

De los partidos, descendamos á las individualidades. La disertación podrá ser más fecunda.

El grueso de las fuerzas encuéntranse en las dos ramas del cuerpo lejislativo.

Comencemos por el Senado. Talvez una palabra nos bastará para retratar á esos pretorianos del César que se levanta.

Ahí están: don Antonio Varas, mómia política, fantasma de un decenio de horror y de sangre, convertido hoy en lacayo de los que durante su omnipotencia arrastrara á las cárceles; don Marcial González, abundante en carnes, escaso de espíritu, pobre de carácter; don Aniceto Vergara Albano, ministro sin cartera, émulo del señor Balmaceda en la oratoria hueca y sin sentido, acostumbrado desde antiguo al papel de bufo de los Césares; don Adolfo Eastman, tan rico en escudos, como pobre en inteligencia; don José Eugenio Vergara, prestigio de otros tiempos, que exige tantas prebendas para sí y sus hijos, como defensas hace de los ministerios; don Miguel Castillo, carácter bondadoso, que de buena fe marcha entre los pretorianos; don Juan Estévan Rodríguez, hombre de la tribu montt-varista, sin otra voluntad que la de su rabino; don José Besa, mercader tan hábil y astuto para conocer los vientos de la política como la calidad de las telas y azúcares; don Javier Luis de Zañartu, espíritu de contradicción, que lleva dos faroles en sus manos, dos credos en su conciencia, dos simpatías en su corazón, dos nombres en sus labios; don Ramón Rosas Mendiburu, tan ligero, animoso y ardiente en las campañas políticas como en las eróticas; don Ramón Vial, que hoy enloda la hermosa página que escribiera en 1849, como miembro de la mayoría liberal de la

Cámara de Diputados; don José Francisco Gana, acostumbrado al humo de la pólvora y al ruido de los combates, no acierta hoy á comprender la situación que le rodea; don Eduardo Cuevas, servidor igualmente abnegado de todos los presidentes habidos y de los que vendrán; y algunos otros que la memoria no quiere recordar y que la pluma se resiste á escribir.

Continuemos con los de la Cámara de los *Comunes*.

Ahí están: don Pedro Montt, digno jefe de una mayoría de siervos, inmortal por el nombre que lleva y más inmortal todavía por su hazaña de la triste madrugada del 9 de Enero, que sueña despierto con recoger algún día la herencia sultánica de su padre, espíritu estrecho é incapaz de un gobierno honrado; don Ramón Yávar, planta robusta, llena de ramajes, pero que hasta la fecha no ha dado fruto alguno; don Ramón E. Bernal, irritante mediocridad; los hermanos Bañados Espinoza (ni prójimos siquiera de los hermanos Lameth ni de los hermanos Arteaga Alemparte), que antes que oradores ú hombres de parlamento, son *barberos* por la chicana y el entrometimiento; don Tomás Echavarría, niño candoroso del montt-varismo, que sueña con un ministerio; don Isidoro Errázuriz, talento sin prestigio, palabra sin auditorio, conciencia sin pudor; don Luis S. Carvajal y don Acario Cotapos, payasos de arrabal, don Zenón Freire, nombre ilustre, conciencia honrada, carácter débil; don Miguel Lazo, radical sincero y apóstata hoy del radicalismo á causa de sus años y achaques; don Máximo R. Lira, orador y escritor notable, pero sin esa autoridad que dá una conciencia honrada, una convicción sincera; don Rafael Montt Albano, montt-varista que sigue forzosamente las órdenes del rabino de su

tribu; don Agustín Montiel Rodríguez, que á todas horas sueña con los dobles laureles del tribuno y del orador parlamentario; don Bruno Larraín Barra, joven que inicia su carrera pública con una deserción de las filas en que no há mucho sentara plaza; don David Salamanca, médico-político, como decir, enjambre de clérigos y masones; don Agustín Vargas Novoa, *cantor* obligado de todos los que triunfan; los hermanos Carvallo Elizalde, niños traviosos con asiento en el Parlamento mediante las *travesuras* de su tío el famoso Miguel Elizalde; don Joaquín T. Vicuña, natural de Coquimbo, pero menos *coquimbano* que su paisano don Luis S. Carvajal; don Augusto Orrego Luco, encarnación de la *modestia*, que sólo pretende ser escritor, orador y sabio; don Miguel Irarrázaval Vera, empleómano fanático que con una mano recibe la pensión del inválido y con la otra el sueldo de visitador de los curatos civiles; don Alberto Romero Herrera y don Agustín del Río, niños inespertos, pero sabiendo ya que un candidato que triunfa puede dar buenas pitanzas; etc., etc.

Tal es la calidad de los hombres que abrigau el soñado intento de imponer al pais un candidato, que la opinión pública desdeña y maldice.

FIN.



